

El Caso Extraordinario de Rubén Darío

Por Vicente Sáenz

En la imposibilidad de traer a estos apuntes el gran caudal de "los que seguirían después", así en Centroamérica como en el resto del Continente: poetas, novelistas, filósofos, historiadores—del mismo modo que tomé al sabio Valle como símbolo de una generación de hombres de pensamiento en nuestro Istmo—, me parece que sería oportuno resumir, sintetizar en una sola figura lo mejor de la poesía, lo más rico y variado de las letras hispanoamericanas en la época contemporánea. Y este es el caso extraordinario de Rubén Darío.

¡Caso extraordinario el de Darío, porque en él se reúnen, en él se conjugan el poeta del cisne y el poeta del buho! Y tanto en sus poemas maravillosos de tono mayor, como en su prosa cincelada, siempre encontraremos una honda afinidad con el sentido humano de la vida, o la protesta sin embozo contra la injusticia, o la execración para quienes abusan del poder o del dinero en perjuicio de los que están desarmados para defenderse.

nos exclama: "Señor Gayerre no solamente sois la delicia del público sino también el consuelo de los pobres".

Otra vez en Barcelona, pasando por la Rambla con un amigo vio a dos mendigos uno de los cuales cantaba mientras el otro pedía limosna. Compadecido, echó mano al bolsillo; pero tuvo una idea y les dijo: —Yo cantaré y vo-

Al llegar a este punto se me viene a la memoria su *¿Por qué?*, publicado inicialmente el 17 de marzo de 1882 en "El Heraldo de Costa Rica". Lo he dado a la estampa varias veces; pero al reproducirse también en Venezuela, pocos meses después de la caída de Juan Vicente Gómez, se armó la de Dios es Cristo. Fue tan grande el revuelo por esas prosas del aeda nicaragüense, terriblemente admonitorias, que tres periodistas de la tierra de Bolívar fueron a dar con sus huesos en la cárcel, pues las autoridades venezolanas de aquella fecha—autoridades castrenses, sobre explicarlo—, confundieron a Rubén Darío con algún fanático partidario de "teorías exóticas", al servicio de Rusia y del comunismo internacional.

Todo esto quiere decir que no era Darío de la escuela de poetas angustiados, que se consumen en honda pena cuando encuentran el primer hilo de plata en la cabellera de la mujer amada; ni de los que se embelesan con la luna y sus pálidos reflejos en las verdes aguas de un lago de

sotros pediréis. Nunca habrán oído cantar por menos. Y empezó la romanza de "La Traviata" Un di felice eterea. A las primeras notas acudió de todas partes un gentío enorme y pronto corrió la noticia de boca en boca: "Es él Gayerre". Cuando el tenor hubo cantado la última nota la multitud que llenaba el paseo estalló en entusiasmo; y al cantar luego el aria del "Bar-

ensueño, como fin único de su poesía. Fue ciertamente bequeriano, imbuido de romanticismo, admirador de Víctor Hugo, parnasiano, devoto de la métrica francesa, maestro por último del modernismo, que revolucionó el arte poético en nuestro idioma prodigioso; pero no se arrebataba ni se le suspendía el ánimo con temas ante los que suelen caer, desvanecidos, algunos de nuestros poetas menores.

Era —ya lo dije antes— el poeta del cisne, al que había que torcerle el cuello, según expresión feliz de nuestro inolvidable don Enrique González Martínez; pero era sobre todo el poeta que escruta el porvenir, el poeta visionario, el poeta buho. Y en este sentido me atrevo a proclamar que en él se cumplen estas palabras de Carlyle, que aprendí en el colegio —¡hace ya muchos años!— y reproduzco de memoria:

"Hubo siglos en que el alma del poeta vibraba acorde con las de sus oyentes. En las sociedades primitivas y en otras más adelantadas, pero

tero" las aclamaciones fueron frenéticas. Los mendigos tuvieron que pedirle prestado el sombrero al cantante porque el suyo estaba ya lleno de monedas; y recaudaron un millar de pesetas en diez minutos.

Desde aquel día, siempre que lo reconocían en la calle la multitud se aglomeraba a su alrededor pidiéndole que

todavía de unidad sencilla y poderosa, era el cantor eco solemne de la multitud que le escuchaba, y casi se confundían sus atributos con los del sacerdote y el profeta".

En este sentido —de sacerdote y de profeta— es fuerte y amarga la voz de nuestro gran nicaragüense. Y terriblemente irónica, en la *Canción del Oro*, que tanto alabó don Juan Valera en su carta sobre el libro *Azul*, fechada el 22 de octubre de 1888. Hay en esa prosa —que con anterioridad había sido publicada en revistas de Chile— frases lapidarias que mucho hacen pensar:

"Cantemos el oro, porque de él se hacen las tiaras de los pontífices, las coronas de los reyes y los cetros imperiales; y porque se derrama por los mantos como un fuego sólido, e inunda las capas de los arzobispos, y refulge en los altares, y sostiene al Dios eterno en las custodias radiantes.

"Cantemos el oro, porque podemos ser unos perdidos, y él nos pone mamparas para cubrir las locuras abyectas de la taberna y las vergüenzas de las alcobas adúlteras.

"Cantemos el oro, porque al saltar del cuño lleva el perfil soberbio de los Césares; y va a repletar las cajas de sus vastos templos, los bancos, y mueve las máquinas, y da la vida, y hace engordar los tocinos privilegiados.

"Cantemos el oro, porque él da los palacios y los carruajes; los vestidos a la moda y los frescos senos de las mujeres garridas; las genuflexiones de espínazos adulaadores y las muecas de los labios eternamente sonrientes.

cantara. Pava Gayerre les decía: —Si queréis oírme id esta noche al teatro.

Por todos sus actos de bondad, el poeta Manuel del Palacio, cuando murió Gayerre, dijo de él:

"Fue por su voz encanto de la tierra y por su corazón digno del Cielo".

"Cantemos el oro, porque tapa las bocas que nos insultan, detiene las manos que nos amenazan y pone vendas a los pillos que nos sirven". Escuchémosle ahora en cuatro estrofas de su canto. **A Colón**, allí donde dice en palabras que no deben olvidarse:

"Desdeñando a los reyes nos dimos leyes al son de los cañones y los clarines, y hoy al favor siniestro de negros reyes fraternizan los Judas con los Caínes.

"Las ambiciones pérfidas no tienen diques, soñadas libertades yacen deshechas. ¡Eso no hicieron nunca nuestros Caciques, a quienes las montañas daban las flechas!

"La cruz que nos llevaste padece mengua; y tras encanalladas revoluciones, la canalla escritora mancha la lengua que escribieron Cervantes y Calderones.

"Cristo va por las calles flaco y enclenque, Barrabás tiene esclavos y charreteras, y las tierras de Chibcha, Cuzco y Palenque, han visto engalonadas a las panteras".

En **Los Motivos del Lobo** se conmueve y nos conmueve el estro de Darío. Y se alza de-

safiante en la **Oda a Roosevelt**, cuando advierte:

"...la América fragante de Cristóbal Colón, la América católica, la América española, ...esa América... que tiembla de huracanes y que vive de amor, hombres de ojos sajones y alma bárbara, vive. Y sueña. Y ama. Y ama, y vibra, y es la hija del Sol. Tened cuidado. ¡Vive la América Española! Hay mil cachorros sueltos del León español.

Y estos otros versos que to de **Esperanza**, donde exclavo entresacando de su Can-

"La tierra está preñada de dolor tan profundo que el soñador, imperial mediatando, sufre con las angustias del corazón del mundo.

"Verdugos de ideales afligieron la tierra, en un pozo de sombra la humanidad se encierra con los rudos molosos del odio y de la guerra.

"¡Oh Señor Jesucristo!, ¿por qué tardas, que esperas para tender tu mano de luz sobre las fieras, y hacer brillar al sol tus divinas banderas?

"Ven, Señor, para hacer la gloria de ti mismo, ven con temblor de estrellas y horror de cataclismo, ven a traer amor y paz sobre el abismo".

Se van los minutos y no hay manera de seguir con el hechizo maravilloso de nuestro genial Darío. Con tiempo disponible, ocuparían lugar preferente en estos comentarios algunos versos de sus **Letanías de Nuestro señor don Quijote**:

"...De rudos malsines, falsos paladines,
¡fibranos, señor!"

O de su **Salutación del Optimista**:

"Unión, para que cesen las tempestades; para que venga el tiempo de las verdades; para que en paz coloquen los vencedores sus espadas brillantes sobre las flores; para que todos seamos francos amigos, y florezcan sus oros los rubios trigos; entonces, de los altos espíritus en pos, será como arco-iris la voluntad de Dios".

Pero ya debo terminar mis anotaciones sobre el alto poeta de nuestro Istmo, a quien tomé como síntesis y como símbolo de la cultura hispa-

"Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda, espíritus fraternos, luminosas almas, ¡salve!"

O de su poema a la **Unión Centroamericana**, más valioso y aleccionador que los discursos y la falsa literatura unionista, a la cual suelen apearse en nuestro medio, para sus fines personales, ciertos políticos, cancilleres y otras excelencias más o menos caribes, sin sentido ni sensibilidad de patria. Repasemos si- quiera la penúltima estrofa:

noamericana. Antes de seguir adelante, sin embargo, acaso sólo me reste decir en qué forma ha prestigiado a nuestra América desde los prime-

GRAN ACONTECIMIENTO PUBLICITARIO

Enciclopedia Cultural, a la que sirvió de base LA **CONTON'S PYTURED ENCYCLOPEDIA**, que es la obra más prestigiada en los Estados Unidos, como lo prueba el hecho de estar aprobada y recomendada por muchos organismos oficiales y centros de enseñanza norteamericanos. Los 15 tomos de esta **GRAN ENCICLOPEDIA de CONOCIMIENTOS**, no es una traducción, es una adaptación. Al gran número de profesionales norteamericanos de otros países, se agregó en la edición en nuestro idioma 50 escritores y tratadistas hispanoamericanos, los que hicieron de ella la **ENCYCLOPEDIA** más idónea para todos los pueblos de habla española.

DISTRIBUIDORES

EN FORMA COMODA MENSUAL:

EDITORIAL GONZALEZ PORTO

Homenaje de "Brecha"

Páginas Literarias de don Víctor Guardia Quirós

PARABOLA Y ENVÍO

(Para el Álbum de una gran artista)

Peregrina del sol —en la ebriedad del vuelo— cayó una alondra en el mustio ribazo de una lejanía; y se posó sobre el ramaje de un árbol añoso y desolado.

—Albricias por el aura que os condujo,—dijola el árbol— y loado sea el azar de tus fatigas. Jamás aquí se viera una ave semejante, vocera del Empíreo.

—Déjame oír el eco de los cielos en la nota cálida y cantarina de tu trino de amor. ¿Qué pides, alondra, por tu canto de vida?...

—No te brindó mis frutos, que pocos son y gélidos por el correr de los inviernos; ni para tu blando nido habrá rincón propicio en mi follaje; ni hay verdor en mis hojas, ni frescura en mis yemas, con qué colmar tus ansias primaverales; ni hay tibieza de estío en el ambiente que entrelazan mis rugosos brazos de abatido leño. ¿Qué te diera mi fe, qué te diera mi amor?...

—Espera, divina alondra, que algo crispa y remueve las

hondas fibras de mi ser; algo que es como el calofrío de una resurrección, como el crepitar de la chispa que enciende el relámpago en la noche. Espera, espera; que de las grietas del tronco carcomido ha brotado una oruga—larva de mariposa—, y en la aspereza de mis nudos ha florecido una orquídea de matices suntuosos...

—Lleva la mariposa, alondra, como una alma que trasmigra en tu seno; y baña tus ojos en los colores de la guaría, donde resurge la gloria de mis días de luz.

Ahora vuela, alondra: vuela al amor de la brisa, tras el alado clamor de tus anhelos.

María Teresa, alondra del Norte solariego de mi raza, que llevas hasta el confín del Sur la glorificación de un arte propio, nacido en tus labios por el espontáneo consorcio del genio y la pasión de los trópicos. María Teresa, espléndida, sensitiva, pasionaria, trémula, heroica, conmovedora siempre, desgarradora a veces y cada día más pegada al cielo y a la tierra por tu sentir humano y por tu elevación a las alturas. María

Teresa, mensajera del alma fuerte de un pueblo ante veinte pueblos de fuerte corazón. María Teresa, dulce y trágica, simple y compleja; tan variada y tan una en tus apariciones como una estrella en sus fulgores; tan suave, que eres una caricia; tan sentida, que eres una ascua. María Teresa, que te ofreces al espíritu en toda la gama de su tonalidad, ora vibrante como una arpa, ora desfallecida como un sauce; tal vez anhelosa, alborozada, o presa del desengaño y del dolor, cual se produce el destino humano al mover los resortes de la vida; mujer que atesoras, tú sola, el alma de todos y cada uno, en el sentir, en el amar, en el sufrir; que suscitás la evocación risueña o dolorida de los pasados días, poniendo en el remedo todo el secreto hechizo de tu exaltación arrebatada y de tu gracia florecida; mujer que imprimes, al clavel que es tu boca, la risa cristalina de los niños, tan pronto como dejas fluir de la lumbre de tus ojos un licor, que es el llanto, el llanto amargo que se filtra, gota a gota, en los contritos corazones; magnífica mujer, hermana de la congoja, hermana también del triunfo; mujer suprema que has ves-

tido de gala el alma de los tristes: tú eres la rica esencia de la vida, en la alegría como en la pena, en el disfrute como en la expiación; y de tí se dirá, ¡oh conjuro divino!, que haces dulce el dolor...

Mas no sólo eres la vida, escueta. Eres la vida entre un marco de belleza, por la radiante claridad que circunda tu frente de Vestal, por la sutil expresión de tu pupila febril, por el sedoso encanto de tu risa de fuente, por el inefable sortilegio de la cadencia de tu voz; y por el ritmo de tus gestos, únicos e impercederos.

Deja, mujer: deja alondra, que al abrirse un gusano en tus mariposa, que al florecer la orquídea, yo que te hablo por boca del árbol viejo que en contraste a la vera de un camino, te repita al pasar esta salutación: "bendita tú eres, entre todas las mujeres".

EL AUREO EMBLEMA

(Del Álbum de una mujer mexicana)

Se refiere, gentil señora mía, —acaso en fidedignas tradiciones, o quién sabe si en frívolas consejas—, que cuando Moctezuma II, vástago del confederador, del Grande, vencedor de Maxtla; fiero caudillo que condujo sus huestes por el Ande, aquende Honduras, hasta el propio solar de Nicarao, —sintióse al fin domeñado y depuesto a las puertas de Tenocitlán; y cautivo se viera y escarnecido de su pueblo—, dejóse entonces morir de hambre y de pena, ceñido por instinto libertario al glorioso simbolismo del quetzal; y cuentan que

ros años de su iniciación poética. A este respecto escribió el ilustre Juan Ramón Jiménez, en trabajo titulado *Modernismo poético en España y en Hispano América*:

"...Había leído *Cosas del Cid*, de Rubén Darío; y el *Friso*, de Rubén Darío; y *Urna Votiva*, de Rubén Darío. ¿Y Rubén Darío estaba en

Madrid, enviado por "La Nación", de Buenos Aires!

"...Días después, otra vez yo en Moguer, recibí una tarjeta postal de Francisco Villaespesa, firmada también ¡por Rubén Darío! ¡¡Rubén Darío!!

Mi casa blanca y verde se llenó toda de extraños espejismos y ecos mágicos... Todo vibraba con el nombre de

Rubén Darío. Era para mí como si el sol grana que yo veía romper, cada aurora, en mi caballo galopante, se me hubiese metido en la cabeza.

"...Antes de salir yo para Madrid, Villaespesa me había mandado un montón de revistas hispanoamericanas. En ellas encontré, por vez primera, algunos de los nombres de aquellos poetas distintos,

que habían aparecido, como astros nuevos de diversa magnitud, por los países fascinadores de la América Española... Y siempre Rubén Darío, Rubén Darío, Rubén Darío".

(Fragmentos de *Lo que Somos en Literatura*, del libro *EL GRITO DE DOLORES* y otros ensayos. - Editorial América Nueva).